

## Balance teatral

A pesar de los estragos materiales y espirituales que va dejando la guerra, la actividad teatral en San Salvador, durante 1988, se mantuvo con vida aun cuando, como en años anteriores volvió, a privar la cantidad sobre la calidad.

La crisis de dirección, ya abordada en otros comentarios, adicionada a la existencia efímera de elencos cuyo trabajo no logra avanzar en profundidad teórica y técnica, tiene empantanado el despegue de un teatro con excelencia. Sin embargo, los caminantes teatrístas van haciendo su camino hacia un horizonte escénico nacional, a pesar de la enrarecida maleza representada por la ausencia de salas donde mantener sostenidamente las producciones y por la existencia de una publicidad reacia a una apertura generosa respecto del apoyo a todas las líneas de la actividad teatral.

Media docena de piezas pueden seleccionarse como las mejores entre las más o menos 40 ofrecidas por diversos elencos a lo largo de 1988: *Donde hay celos... hay desvelos*, de Alvaro Portes, llevada a escena por Lemus Simún Producciones; *Apócrifos*, de Karel Capet, y *Las rositas de Lorca*, sobre textos del poeta

granadino escenificadas por el grupo *Sol de Río*; *Rosa de dos aromas*, de Emilio Carballido, escenificada por *Vivencias*; *El ensayo de vivir*, de Edgar Gustave, bajo la responsabilidad del grupo *Sueños de vida*; y *La bruja Raquel*, de Carlos Velis, producción del elenco *Deratai*.

*Donde hay celos... hay desvelos* representó un importante avance cualitativo en el trabajo de la compañía de Antonio Lemus Simún, especializada en la comedia ligera. En el "dibujo escénico" no hubo improvisación; hubo una mayor aproximación a la alterabilidad de *tempos* en el ritmo; hubo mayor sentido de composición plástica en las diversas escenas; la actuación, mejor equilibrada que en otras piezas, se alejó de recursos extremadamente forzados y dio la oportunidad a Daniel Rucks de abordar la construcción de un personaje en la comedia. Dio también paso para que una vez más Antonio Lemus demostrara —más allá de las discusiones más o menos interesadas— su condición de "hombre de teatro" y su innato talento de actor.

*Apócrifos*, de Karel Capet marcó el retorno del grupo *Sol de río* a la escena salvado-

reña. La pieza, de talante reflexivo, fue un conjunto de situaciones escénicas sobre la otra y probable verdad de la historia sagrada. Hecha inicialmente en Dinamarca, durante la permanencia del grupo en aquel país, su puesta en San Salvador congregó durante tres semanas a un público intelectual y estudiantil muy heterogéneo que deseaba reencontrarse con un elenco cuyo nombre data de 1973 y que, además de disfrutar la pieza como totalidad, pudo apreciar los notables trabajos actorales de Amílcar Flor —actor invitado— y de Saúl Amaya.

*Las rositas de Lorca*, espectáculo construido también en Dinamarca por *Sol de río*, a partir de textos lorquianos —*El maleficio de la mariposa*, *El retablillo de don Cristóbal*, *La zapatera prodigiosa*, *Doña Rosita la soltera*, *Yerma*— fue una experiencia de teatro poético que ganó mucho en recursos escénicos y en público cuando fue puesta en la pequeña sala del Teatro Nacional de San Salvador. La combinación de títeres, muñecos, actores, cantores y una coreógrafa —Eunice Payés, invitada— culminó en una refrescante hora y media de experiencia teatral poco acostumbrada, testigo, como *Apócrifos*, de la eficiencia en el trabajo direccional de Fernando Umaña.

Estrenada casi al final del año, *Rosa de dos aromas* marcó el mejor trabajo de Dorita Ayala como directora y como actriz. Su pareja, Mercy de Sánchez, hizo un trabajo sumamente responsable sin el cual la pieza —reflexión y diversión, carcajada y ternura, crítica y afirmación a la vez— no hubiera podido afectar intelectual y emocionalmente a un público cuya presencia en el auditorio de CAESS se fue haciendo cada vez más ostensible.

En un medio nacional caracterizado por significativas dosis de machismo y antifeminismo, la puesta en escena de *Rosa de dos aromas* constituye un modo para reflexionar desde el arte sobre un estilo de vida social.

Dentro del Festival Juvenil de Teatro "Ed-

mundo Barbero," convocado por el Ministerio de Cultura y Comunicaciones, *El ensayo de vivir*, pieza escrita y dirigida por Edgar Gustavo, bisoño teatrista salvadoreño, constituyó una revelación sobre la potencia nacional para el arte escénico.

Se trató de una pieza conceptual sobre problemas existenciales, resuelta solventemente por su autor y director para la puesta en escena. Fue una saludable experiencia de teatro joven, de teatro experimental con sus logros y limitaciones naturales que, además, puso a la luz la "vena" actoral de Jorge Oviedo y de Javier Aguilar —de primeros años de universidad el uno, de bachillerato el otro— quienes deberían seguir su proceso de formación teatral a fin de que, en el tiempo propicio, pudieran dar su respectivo aporte a la escena salvadoreña.

*La bruja Raquel*, teatro para niños fundamentalmente, fue una pieza fresca, colorida, musical, poética, que terminó por gustar a los adultos. Mientras sus exhibiciones en la pequeña sala del Teatro Nacional no reunieron mucho público por ostensibles limitaciones publicitarias, las presentaciones en los Mediodías Culturales de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" constituyeron un éxito palmario. Los valores humanos proclamados a través de la pieza —amor y solidaridad entre los hombres— afectaron sensiblemente a un público cuya vida cotidiana se va desarrollando entre las circunstancias más deshumanizantes de la vida nacional.

Hacer reír, hacer reflexionar, enfrentar al espectador con la poesía y con los grandes valores de la vida, son entonces los objetivos prioritarios de los diversos grupos implicados en la dura, ilusa y hermosa tarea de ir haciendo teatro a pesar del desmadre del río social salvadoreño.

Las distancias necias, los roces inclementes, los esquematismos ortodoxos, los exclusivismos teóricos, ideológicos y metodológicos, las suspicacias infundadas y otros tantos males que trae una sicología de guerra de la

cual los teatristas nunca estuvieron exentos, van superándose lentamente y van abriendo paso a un sano pluralismo en la producción y a una deseable fraternidad en las relaciones entre los diversos grupos. Es algo así como una especie de *perestroika escénica* en cuyo interior la distensión, el diálogo, el pluralismo y la apertura van tomando el lugar de agitados y furibundos esquinamientos de otros años. Y esto es bueno para el público por cuanto va pudiendo y va debiendo, según sus gustos, elegir cada vez más entre diversas alternativas de teatro.

Es de esperar que paulatinamente los teatristas vayan contando con una mejor infraestructura pública y privada —salas, publicidad— para el desarrollo de sus trabajos. Es de esperar también un incremento cualitativo en la dirección, en la actuación y en la selección de las piezas cuya escenificación se prevé en un futuro, a fin de propiciar al público niveles de experiencia teatral cada vez más depurados.

F. A. E.

